

La carrera de obstáculos

René Drucker Colin*

Telésforo Luna-Brown, Médico, Doctor en Ciencias de la Universidad de París, distinguido investigador universitario se ha levantado hoy día con mayor energía y de mejor humor que de costumbre. Quizás esto se deba a que el día de ayer concretó una serie de ideas que le permitiría llevar a cabo experimentos nuevos y que piensa importantes.

Como todas las mañanas, dese hace seis meses, inicia su día con ejercicios de carrera estacionaria, lo cual hace frente a un espejo colocado expreso para esto en el pequeño jardín de su casa. El día de hoy, al correr piensa un poco en los motivos que lo llevaron a este ejercicio un tanto más cuanto absurdo. Dejando vagar su mente recuerda con una sonrisa aquel buen día que decidió dedicarle un tiempcito a su condición física. Recuerda haberse levantado temprano a correr. Al no vivir cerca de un parque o pista tuvo que hacerlo en la calle. A los primeros 50 metros fue objeto del furioso ataque de varios perros que demabulaban por el rumbo. Fue en busca de una calle sin perros, pero resultó que tal caller era muy transitada y los coches y camiones se le echaban encima, los pasajeros le chiflaban e injuriaban, y lo peor de todo es que el humo prácticamente lo asfixiaba. Decidió al día siguiente ir a su parque o pista más cercana, lo cual obviamente estaba muy lejos, pues la ciudad prácticamente carece de ellos. Atravesó tráfico intenso, 27 topes, dos embottellamientos y constantes recordatorios a sus progenitores para finalmente llegar a aquella pista que había visto en alguna ocasión, sólo para encontrarla bardeada y cerrada con un horario el cual ningún ciudadano que se jactara de tener alguna actividad remunerada, podría acomodarse. Pensó entonces cuán parecido era su esfuerzo por adquirir buena con-

dición física, con sus esfuerzos por obtener buen nivel académico.

Esta comparación estimuló su recuerdo de aquella ocasión que tuvo esa idea que le parecía brillante y que quizá le hubiera permitido obtener proyección y reconocimiento internacional.

Telésforo se ríe otra vez. Es que aquella idea se le ocurrió un noviembre, obvio primer error. Se le debió de ocurrir en mayo, julio a más tardar, pues es cuando se elabora el anteproyecto de presupuesto. Gracias a tamaña burrada de pensar en noviembre tenía que esperar hasta julio del siguiente año para introducir en el anteproyecto de presupuesto aquel aparatito que necesitaba convertir su idea en experimentos. Bueno, qué importaban 8 meses cuando la idea era tan buena. Pero en realidad, no eran 8 meses, eran 16, pues en julio se hace el anteproyecto, pero no sería sino hasta el siguiente febrero que se aprobaría el presupuesto.

Resultó pues que en abril, 18 meses después de gestada esa idea se aprobó la compra de su aparatito.

Telésforo recuerda haber tomado la decisión de impulsar personalmente esa compra, pues no había ya tiempo que perder. Aun hoy —no lo puedo creer— se requerían así como doce diferentes pasos para que la compra de su aparato llegara a efectuarse.

O como le decían, “en unos cuatro mesecitos ya está todo doctor, no se preocupe”. “Bueno cuatro meses si todo va bien”. Pero como aprendió a través de los nueve meses siguientes, siempre hay algo que va mal (aquella huelguita sindical que se atravesó con la fecha de validez de la cotización del aparato; aquel jefe de oficina cuya firma era imprescindible, pero que se ausentó inexplicablemente durante el tiempo suficiente para hacer un puente con un periodo de vacaciones, durante el cual subieron los precios, con la consecuen- te necesidad posterior de requerirse tramitar

* Departamento de Neurociencias, Centro de Investigaciones en Fisiología Celular, Universidad Nacional Autónoma de México.

una suficiencia (presupuestaria adicional).

En aquel entonces se decía —ya han pasado 25 meses y mi aparato ni las trazas.

Recuerda cuando finalmente le informaron que su aparato había llegado, pero a la aduana. Y luego que faltaba un permiso, que siempre no, que ahora no lo encontraban, que siempre sí. Un día hasta se le ocurrió ir a la aduana y ver qué pasaba y podía hacer. Cabisbajo, de regreso pensó que si algún día salía su aparatito de la aduana, casi casi se convertiría en creyente y ferviente guadalupano.

En este momento casi deja su carrera estacionaria, pues soltó una carcajada. No por su posible conversión religiosa, sino porque se acordó de aquella pieza de equipo que se le descompuso, y tenía que enviar a la casa matriz del otro lado a componer (con prácticamente las mismas dificultades para sacar del país una pieza descompuesta, como para introducir una nueva). Se tardó así como 3-4 meses en salir. Lo cómico fue a las tres semanas de haber sido enviada, su pieza compuesta y de regreso en su laboratorio. Pero no por una repentina eficiencia, sino porque aquella casa matriz por un azar de buena suerte para el doctor Luna, había empacado la pieza dentro de una caja, que se envió a una Institución dependiente de la Presidencia. Parece que nunca se supo el paradero del equipo de la Presidencia que fue empacado en una caja dirigida a la Institución del doctor Luna.

Bueno, cuando a punto estaba desechar su idea, el doctor Luna-Brown recibió a los 37 meses su aparatito. De hecho —recuerda haber pensado—, “la suerte me está cambiando”, pues junto con su aparato, recibió en esos días una carta confirmando la llegada de un investigador extranjero que quería pasar un periodo Sabatico trabajando en su laboratorio.

Con esa visita podría dedicarle un tiempcito a otro proyecto, pensó aquel día. Telésforo recordó a ese visitante. Resulta, que se pasó los 2 primeros meses trabajando hasta muy entrada la noche para purificar un extracto de tejido nervioso, cuya actividad biológica trataba de conocer mediante complicados registros electrofisiológicos. En el preciso momento que se había introducido el material en

el cerebro del animal de experimentación, comenzó una persistente lluvia que se acompañó de un apagón de aproximadamente dos horas, tiempo durante el cual se podía haber determinado el efecto del extracto.

Su amigo visitante por poco se queda calvo, pues comenzó a brincar y jalarse el pelo como todo un simio, conducta rápidamente imitada por Telésforo, quién quería que se pensara que el apagón era una mera casualidad, y no un evento cotidiano como generalmente lo era cuando llovía.

Cabe mencionar que una semana después, el visitante apenas saliendo de su profunda depresión, fue detenido por un policía que le exigió le mostrara la placa trasera del VW que había rentado a unos amigos de Telésforo. Menuda sorpresa se llevó al ver que le habían robado la tapa del motor con todo y placa. Tuvo el visitante que ocupar gran parte de su tiempo restante en el país en conseguir la placa de repuesto. La otra parte del tiempo lo empleó lavando tubos de ensayo moviendo la cabeza de un lado para otro murmurando que en la Jolla de donde él venía, después de usar los tubos una vez los tiraban, mientras Telésforo le trataba de explicar que este año las lluvias se habían adelantado y que el presupuesto aún no se aprobaba. Parece que esto último el visitante nunca lo llegó a entender bien. Aunque a decir verdad Telésforo tampoco.

Este detalle de la luz le recordó aquella ocasión que siendo jefe de su departamento le llegó, una semana antes de las vacaciones de diciembre, un memorándum con fecha de dos semanas anteriores, el cual le informaba que durante dichas vacaciones no iba a haber luz, pues querían arreglar eso de los apagones cuando llovía. Fue entonces cuando todo preocupado habló con el jefe de mantenimiento, a quien le solicitó una planta de luz “aunque sea para los refrigeradores”, a lo cual le replicaron, “no se preocupe doctor, a los refrigeradores no les pasa nada si no hay luz”. No creyendo oír bien, pero guardando su fina compostura respondió “a los refrigeradores no, ingeniero, pero qué tal al contenido, cuyo valor es de varios cientos de miles de pesos”.

Frente a esta situación inesperada, el jefe de

mantenimiento, un día antes de las vacaciones colocó, abajo de un techo que habían construido “por si llovía” —le dijeron—, la planta de luz. Telésforo recordó haber pensado “a lo mejor estas plantas también son de temporal, como el servicio de luz”. Hubo un solo inconveniente, el diesel que le ponían al motor de la planta de luz se salía tal cual por un agujero que había abajo de la caja del motor. Total nunca se consiguió que la planta funcionara, pero tampoco se fue la luz, porque los que iban hacer las reparaciones mejor parece pidieron vacaciones.

De repente recordó con una especie de mueca, que a los 16 meses de la llegada de su aparato y después de haberle asignado a su estudiante más brillante la tarea de concretar con experimentos aquella magnífica idea, obtuvo los resultados esperados.

La inesperada tardanza en obtener los resultados, se debió a que los experimentos tuvieron que sobrevivir un sinnúmero de interrupciones, causados éstos por varios ataques de la burocracia hacia su estudiante, tales como su desaparición de las listas de los cursos en los que estaba inscrito por haberse extraviado sus papeles, a la necesidad de perseguir a un par de maestros que no le daban su calificación por quién sabe qué lío de confusión de apellidos; dos crisis de conciencia, y una de enamorado la cual llevaba a su estudiante a los confines más alejados de la ciudad, con la consecuente imposibilidad de venir frecuentemente al laboratorio, y finalmente un cambio de horario y tramo de ruta de una línea de autobuses la cual era molesta para un importante personaje de la política nacional, lo que provocó que tenía que irse del laboratorio muy temprano para llegar a su casa, o quedarse a trabajar hasta el día siguiente, optando generalmente por la primera.

Recuerda como si fuera ayer, cuando finalmente al estar escribiendo el trabajo surgió la necesidad de conseguir un par de artículos publicados en revistas que no formaban parte de la colección de su institución. Esta necesidad surgió del hecho que a 45 meses de la gestación de su idea, pues ya se la habían ganado 3-4 autores, y ahora se veía en la necesidad de darle un cariz un poco diferente

a su publicación.

Recuerda que fue a préstamo interbibliotecario, con la mala suerte que ese día la encargada había pedido día económico. Al día siguiente con su mejor sonrisa le sugirió que tenía prisa, a lo cual le contestaron “pues yo la tarjeta se la hago ahorita doctor, pero el mensajero no va por los libros más que una vez por semana, y ya fue ayer”. A la siguiente semana, al haber muchas solicitudes de préstamo interbibliotecario, el mensajero quien no cargaba más revistas que las estrictamente estipuladas en su contrato, dejó, entre otras, la de Telésforo.

El colmo fue cuando la semana siguiente le llegaron con la nueva de que la revista que necesitaba, la habían enviado a inventario. Caray —recuerda— con el otro artículo me fue peor, pues la biblioteca que lo tenía resulta hacían copias xerox mediante pago de ellas, pero no tenían ni para cuándo tener hojas para la xerox, pues se les había acabado el presupuesto. Bueno —pensó— menos mal que conseguí los artículos mediante amigos de fuera, aunque me tardé un mes. Así fue como pudo finalmente salir mi trabajo. Pero —ay— cómo me costó que me escribieran el trabajo a máquina —recordó—. Hace memoria, su secretaria quien atendía además a varios otros deseosos conquistadores de la ciencia internacional, estaba ocupada. Tuvo que hacer cola. Una semana después le tocó su turno, y varios días después el producto de aquella idea estaba finalmente escrita.

Pero, oh, desgracia el manuscrito contenía 72 errores, no podía enviarlo así ni alegando maternidad de idiomas. Regresó con la secretaria para que se lo corrigiera, pero estaba en una junta del sindicato. Al día siguiente desde temprano la esperaba ansioso, no llegaba, se informa, resultó que había pedido día económico. Bueno siendo viernes tuvo que esperar hasta el lunes. Otra vez la espera desde temprano, le entrega el trabajo y a los dos días se lo regresa corregido. Pero ahora con 28 errores nuevos. Pasa a buscarla, pero resulta que salió a personal o a pedir un préstamo, o algo así. Cuando la busca por segunda vez, se había ido a almorzar, y a la tercera de plano ya se había ido a su casa pues “ya era hora” le

dijeron. Para colmo el siguiente día resultó ser día de quién sabe qué cosa —otra de esas grandes conquistas sindicales, y siendo tal día jueves, pues se aprovechó el viernes para hacer puente.

Bueno —se dijo— lo importante es que el trabajo ya está.

Poco le duró el gusto al darse cuenta que a partir de la siguiente semana entraban en periodo vacacional de dos semanas.

Al regreso de vacaciones, casi de rodillas y al borde de una crisis nerviosa Telésforo le pide a la secretaria que le corrija su trabajo. Hoy no doctor, pues con eso de las vacaciones, puentes y etc. tengo mucho trabajo. “Pero mire mañana sin falta”. A fin de cuentas ese mañana se convirtió en una semana, pero finalmente un miércoles en la tarde tenía Telésforo su trabajo listo.

Al día siguiente fue a que se lo enviaran por

correo certificado, pero no saldría sino hasta el lunes, pues los viernes, nadie sabe bien porqué, no se tramitan los sobres certificados, y el jueves se tardan todo el día en hacer los trámites para que salga por correo certificado, al día siguiente.

Alrededor de 9 a 11 meses después su trabajo fue finalmente publicado, ya habían pasado cerca de 6 años desde aquel día que tuvo aquella brillante idea, motivo de la publicación.

Recuerda que casi se le habían olvidado porque había sido tan buena la idea. De repente Telésforo se sintió cansado, vio su reloj, había corrido cerca de 45 minutos, súbitamente su buen humor desapareció, la idea que había concretado el día de ayer ya no le parecía tan exelsa. ¿Sería acaso porque para llevarla a cabo necesitaba de otro aparatito?

El humor como acto creativo

Dr. Horacio Jinich*

Voy a traicionar el objetivo básico de este simposio. No voy a presentar, con estilo humorístico, ningún tema relacionado con la ciencia o los científicos. Me obliga a ello mi pobre sentido del humor. Como veremos más adelante, esa pobreza de sentido del humor, esa torpeza que tengo para hacer reír, es signo inequívoco-en medicina decimos patognomónico-de pobreza mental. Lo admito y lo lamento.

Hablaré, pues, no sobre el humor en la ciencia sino sobre la ciencia del humor; sobre algunos aspectos de la esencia de la risa y el humor; sobre el humor como acto creativo; sobre lo que de común tienen el bufón y el científico.

La risa es un fenómeno casi exclusivo del hombre. Es cierto que la hiena produce sonidos que se parecen a la risa y que también pueden imitarla ciertas aves. Es posible que

algunos gorilas sean capaces de reír por motivos que también hacen reír a algunos humanos y que, como a éstos, les desagrade ser motivo de risa. Pero, quitando estas excepciones, podemos seguir afirmando que la risa, la risa ligada al humor, es un fenómeno humano. Y si es así, ¿no invita este hecho a pensar que el estudio de la risa y el humor nos puede iluminar algo o mucho sobre los misterios más recónditos de la naturaleza del hombre? Si la risa, y el estado emocional que remata en risa son propios del hombre, si han persistido a lo largo de los milenios de existencia conocida del homo sapiens sobre la faz de la tierra, si han hecho célebres y ricos a los bufones y humoristas de todos los tiempos y lugares, si son tema que se incluye en el aniversario de la fundación de una institución tan venerable y seria como ésta, en cuyo seno nos hemos reunido; si es capaz de atraer, en este lugar, en esta ciudad asesina de alegrías, en esta tarde lluviosa, a un público como el aquí congregado, debe ser porque la necesidad de reír es

* Academia Nacional de Medicina.